POR QUÉ SE HIZO MUSULMÁN

Me llamo Muhammad ibn Josué, ibn Ibrahim, ibn Muhammad, ibn Juan. Soy descendiente de Juan Rodríguez Bermejo, nacido en Los Molinos, un pueblo de Sevilla. Pero, la causa del abandono de la tierra que le vio nacer y su conversión al Islam fue debida a la decepción que sufrió en Castilla en sus años jóvenes. Se trasladó a Marraquech, donde siguió con su profesión de comerciante, trabajo que después de varias generaciones se mantiene.

Mi hijo Ahmed ha cumplido ya trece años y tengo que contarle la historia de aquel antecesor que ha pasado a nosotros contada por sucesivas generaciones, pues fue un hombre muy importante en el descubrimiento de América. Y como Ahmed está haciendo su peregrinación a La Meca con mi cuñado y yo estoy enfermo, escribo la historia para que le sea entregada por su madre por si, cuando él regrese, yo no estuviera.

Mi antecesor, nombrado anteriormente, y que dejó el trabajo de comerciante, que hacía junto a su padre, al sentir la llamada del mar, para dedicarse a la marinería: Era valiente y osado, lo que hizo de él un excelente navegante.

Corría el año 1492, cuando apareció por un monasterio situado en La Rábida, junto a la ría de Onuba, un hombre que decía ser genovés. Permaneció con los frailes un tiempo y les contó su teoría de que surcando el océano en dirección Oeste

llegaría a las lejanas tierras de Catay, que ahora llaman China. Quería que los frailes le ayudaran a convencer a los reyes de que corrieran con el coste de dicho viaje.

Según contaba mi antecesor, el tal Colón, de nombre Cristóbal, no pudo demostrar al comité de expertos en navegación, convocados por la reina Isabel, que el resultado de su viaje podía ser de mucho valor para la corona de España. Ante la negativa volvió a suplicar a los Reyes y con el apoyo del abad que regentaba el monasterio o porque la reina ya estaba informada de las bondades que podían traerle el susodicho viaje, le hizo saber a Colón que el costo saldría de su propio peculio, y tanto debió confiar en él que hasta empeñó sus joyas para financiar la travesía.

Explicaban mis antepasados, que Colón, al que rápidamente llamaron almirante, debía conocer algunos datos sobre la posibilidad de encontrar tierras y gente nunca vistas para estar tan seguro de que el viaje sería un éxito. También nos hicieron saber que, estando el navegante en una isla en la que su suegro era gobernador, acogieron a un náufrago que al parecer, con la carabela a la deriva, pudo ver islas de las que nadie a bordo supo adónde pertenecían. El pobre hombre murió enseguida, pero pudiera ser que le diera las coordenadas que le llevarían a un continente desconocido.

La reina de Castilla ordenó la travesía y a tal efecto se pusieron mesas en el puerto de Palos de Moguer para enrolarse en La Santa María, preparada para el largo viaje. Pero muy pocos se apuntaron por la falta de confianza en aquel joven almirante. Hasta que un día aparecieron los hermanos Yáñez Pinzón, capitanes de prestigio y dijeron que La Niña y La Pinta se unirían a La a la Santa María. Y, aunque se buscó a condenados para completar el lleno de las carabelas, el prestigio de los

Pinzones estimuló a mucha gente a iniciar aquella aventura y entre ellos estaba Juan Rodríguez Bermejo, mi antepasado. Juan firmó en el libro de rol, recogió sus doblones cuya cantidad no había visto junta jamás. Paseó, con su mujer, por las calles del pueblo y gastaron una pequeña parte del anticipo de la soldada en comprar lo necesario para que Juan emprendiera aquella extraña aventura.

Sin embargo la amanecida del tres de agosto el pequeño puerto estaba completamente lleno de gentes, unos que cargaban desde el día anterior las bodegas de las panzudas naves bajo la experta dirección de los Pinzón, otros que embarcaban y el resto lo formaban los que salían a despedir a los marineros. Mi antepasado subió a La Pinta, comandada por don Martín Alonso Pinzón con quien ya había navegado en más de una ocasión.

En varios escritos del padre Bartolomé de las Casas y del mismo Hernando Colón, hijo del almirante, se menciona a Juan Rodríguez en papeles que tengo en mi poder y que certifican la veracidad del origen de nuestra familia, ahora en estas tierras de la Mauritania.

Según contaba Juan, la navegación era tranquila, pero pasaban los días y la desesperación de la tripulación empezó a ser evidente; solo les rodeaba agua y no había indicios de tierra por ningún lado. Decía Juan que pensar en el regreso tampoco los enardecía pues no auguraban nada bueno para la vuelta, ya que alimentos y agua estaban corrompidos y en las sentinas no se podía estar del hedor, razón por la que se vieron obligados a dormir en cubierta.

Sin embargo, en la amanecida del 12 de octubre, mi antecesor vio en lontananza el tan esperado objetivo y salió de su garganta el desaforado grito de: ¡Tierra a la vista!, con la general alegría de todos los tripulantes. Juan estaba más

contento todavía, ya que la Reina Isabel había prometido una recompensa de 10.000 maravedíes al primero que descubriera tierra. Pero no era la tierra de Catay, se hallaban frente a la pequeña isla de Guanahani, en el hoy llamado archipiélago de las Lucayas o Bahamas, que Colon rebautizó como San Salvador. Tras desembarcar, la tripulación se tranquilizó, comió a placer, vieron unas extrañas personas desnudas de, caras anchas, ojos redondos y tostada piel, fueron agasajados y holgaron durante varios días, comiendo todo cuanto quisieron, especialmente frutas frescas como les indicaba el médico de a bordo.

Realizaron algunas pequeñas travesías a otras islas con la mala fortuna de que la nao Santa María se destrozó al encallar y con sus restos construyeron un fuerte llamado Navidad en el que dejaron un retén. Las dos naves que quedaban zarparon el 16 de enero de 1493, Rumbo a Castilla. Navegaron veinte días en dirección norte y noroeste hasta que por consejo de los Pinzones, el almirante dio la orden de virar al este, pues ya estaban en el paralelo de las islas Azores y esperaban vientos más favorables. Pero una tremenda tormenta separó las dos naves que arribaron a distintos puertos y fechas a la península.

El 1 de marzo arribó la Pinta al puerto de Bayona, con casi todos enfermos, especialmente Martín Alonso Pinzón que moriría poco tiempo después. Entre los tripulantes venía mi antepasado Juan, que pronto se recuperó por ser más joven y sano. Cuando los daban por muertos aparecieron y la noticia corrió como la pólvora a la espera del almirante, que había llegado el 18 de febrero a las islas Azores donde no fue bien acogido, pero negociaron hábilmente y descansaron comiendo bien hasta el día 24, encontrando después otra tempestad, tan violenta que el almirante escribió una carta a los reyes dándoles la noticia y la echó al mar en un barril por si no salían vivos.

Pero el 4 de marzo zozobraron en la desembocadura del río Tajo a la altura de Cascaes, logrando entrar en la ensenada y tomar tierra. La vanidad del

almirante, que fue el problema que hizo a mi antecesor cambiar toda su vida, le hizo visitar Lisboa para presumir de lo que su monarca había desdeñado, hasta que el día 15 salieron para el puerto de Palos.

Mi antecesor esperaba cobrar los 10.000 maravedíes que la Reina había prometido al primero que avistara tierra. Pero Colón había dado un escrito a la Reina explicando que la noche del día once de septiembre vio una luz como de fuego, pero no lo dijo por prudencia, aunque al amanecer siguiente dio la voz un tal Rodrigo de Triana, persona que no figuraba en el rol de navegación.

Juan reclamó ante la Reina firmando como testigos Francisco García Vallejos, Manuel de Valdovinos y Diego Fernández Colmenero, pero la palabra del almirante valió para ella más que estos testimonios, razón por la cual Juan tomó una firme decisión: renegar de Castilla, de su Reina y de su fe y venirse a la Mauritania de donde habían salido sus antecesores, convertirse al Islam y con el dinero que le quedaba instaló el negocio de comercio que y que como antaño pasara en aquel pueblo de Sevilla, prosperó y por fortuna continua próspero.

Algunas historias cuentan que Juan se quedó en Castilla y fue piloto de navegación en la expedición de un tal Loaysa, pero estos datos son confusos y, por lo que sabemos por tradición de nuestra familia, falsos. Lo cierto y verdad es que este valiente dio origen a una saga familiar de la que mi hijo Ahmed es continuador.

Seudónimo: Lenz